



# UNA LECTURA TRANSATLÁNTICA: LOS VIAJES LITERARIOS DEL ABORIGEN CANARIO

## A TRANSATLANTIC READING: THE LITERARY VOYAGES OF THE CANARY ABORIGINE

Inés Corujo Martín\*

Recibido: 16 de enero de 2014  
Aceptado: 18 de febrero de 2014

**Cómo citar este artículo/Citation:** Corujo Martín, I. (2015). Una lectura transatlántica: los viajes literarios del aborigen canario. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 61: 061-017. <http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/9317>

**Resumen:** El presente artículo ofrece un acercamiento hacia la construcción literaria del aborigen canario, rastreando su aparición escrita en diversas muestras literarias, desde sus incipientes testimonios en textos humanísticos del siglo XIV, la crónica gala *Le Canarien*, obras publicadas en el Siglo de Oro de las letras hispánicas, hasta recabar en novelas de inspiración ficcional publicadas en la última década. Como procuraremos mostrar en las próximas páginas, el seguimiento del morador canario en el hecho literario revela a un fascinante personaje transatlántico que viaja incesantemente en torno a la tríada continental Europa-América-África, desempeñando un papel clave en el contexto histórico español en el que surge. En última instancia, este análisis contribuye a situar al archipiélago canario en un capítulo decisivo dentro de los estudios transatlánticos hispánicos, consolidando su posición estratégica como zona de contacto oceánico, como lugar privilegiado de tránsito e interacción cultural entre distintas orillas.

**Palabras clave:** Aborigen canario, guanche, estudios transatlánticos hispánicos, viaje tripartito, Otredad.

**Abstract:** This article offers an approach to the literary construction of the canary aborigine, tracing its depiction in various literary samples from humanistic testimonies of the fourteenth century, the French chronic *Le Canarien*, testimonies published in the literary Hispanic Golden Age, and fictional novels written in the last decade. As shown in the following pages, tracking the canary dweller in the literary fact reveals a true transatlantic character incessantly traveling around various continents (Europe-America-Africa), playing the role of a re-articulating character representative of a particular historical moment in Spain. Ultimately, this analysis places the Canary Islands in a decisive chapter in the Transatlantic Hispanic Studies, consolidating its position as a strategic oceanic contact zone, as a privileged transit and cultural space of interaction between different seashores.

**Keywords:** Canary aborigine, *guanche*, Transatlantic Hispanic Studies, triad voyage, Otherness.

¡Atlántico infinito, tú que mi canto ordenas!  
Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte,  
siento que nueva sangre palpita por mis venas  
y, a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte...  
El alma temblorosa se anega en tu corriente.  
Con ímpetu ferviente,  
hinchidos los pulmones de tus brisas saladas  
y a plenitud de boca,

\* Ph.D. candidate in Spanish Literature & Cultural Studies. Department of Spanish and Portuguese. Georgetown University. Bunn Intercultural Center 403A. Washington DC, 20057-1039. EE.UU. Correo electrónico: ic290@georgetown.edu.

un luchador te grita ¡Padre! desde una roca  
de estas maravillosas Islas Afortunadas...  
Tomás Morales, *Oda al Atlántico*, XXIV

## 1. PUNTO DE PARTIDA

El redescubrimiento de las Ínsulas Afortunadas en el siglo XIV genera la transformación de un mito con visos poéticos y fantásticos en realidad. La situación geográfica del archipiélago canario, antes envuelta en la nebulosa de la indeterminación, comienza a materializarse en un espacio atlántico concreto y tangible. Este proceso de desmitificación en el pensamiento occidental, coincide con otro momento estelar que tiene su primera manifestación en Canarias: la toma de conciencia de la cultura europea ante la existencia del Otro, un encuentro problemático que dará lugar al nacimiento de una serie de cuestiones de carácter legal, jurídico y moral.

La conquista y colonización de las Afortunadas escribe así el capítulo inicial en la dilatada historia de la expansión ultramarina europea, mucho antes de que colonos, pizarros y cortesos arribaran a costas americanas. La relación de las Indias con Canarias establece además vínculos tan estrechamente ligados desde sus orígenes, que las primeras noticias del primer viaje de Colón se confunden con las de las islas, anticipando ya unas relaciones de entrecruzamientos transatlánticos de insospechado alcance.

Entre estos intercambios oceánicos, es posible descubrir en el hecho literario la figura del aborigen canario, un personaje que fluctúa entre las orillas del Viejo y Nuevo Mundo, y cuyas reescrituras y reinventiones se hallan motivadas por distintos propósitos: atestiguar el desengañado paso del mito a la realidad (Petrarca, Boccaccio); establecer una empresa de colonización organizada bajo la que palpitan ideales de cruzada y Reconquista (*Le Canarien*); cuestionar de forma crítica o alabar la empresa imperial española en ultramar (Fray Alonso de Espinosa, Antonio de Viana, Lope de Vega); y, más recientemente, encarnar el símbolo de la identidad canaria y la raza guanche (Juan Manuel García Ramos).

A continuación, tomando como referencia obras de los autores citados, se ofrece una ruta literaria de convergencias y de travesías cruzadas en las que el nativo canario se revela como un verdadero sujeto transatlántico que transita en torno a tres diferentes ejes triangulares: Europa-Canarias-Península (siglos XIV y XV); América-Canarias-Península (siglo XVII); Península-Canarias-África (momento actual). En todas las muestras literarias analizadas, se procurará mostrar cómo el aborigen sirve como figura rearticuladora de disensiones y problemáticas propias de un momento histórico determinado.

Cabe destacar que la idea de configurar el trabajo atendiendo a una estructura de viaje triangular, parte de las aportaciones antropológicas emitidas en los años 90 por James Clifford y Edward Soja<sup>1</sup>. La noción de «cultura de viaje» del primero nos permite contemplar al aborigen canario, desde su nacimiento literario en el siglo XIV, como un personaje que en sus idas y venidas textuales de un lado a otro del Atlántico recoge correlaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. En el caso de Soja, sus teorizaciones acerca de la figura de viaje triangular, «trialéctica» y «tercer espacio», nos han inspirado en la decisión de mover al canario en torno a sucesivos ejes espaciales triangulares. Así también Canarias, por su posicionamiento geográfico intercontinental, secircunscribe al tercer espacio, alzándose como puente y plataforma de comunicación, en bisagra para un diálogo cultural que apela a redes transatlánticas entre Europa, América y África.

---

1 En «Traveling Cultures», Clifford (1992) enfatiza el movimiento, las migraciones, el nomadismo y la circulación multidireccional frente a una larga historia basada en privilegiar el asentamiento. Por su parte, *Thirdspace* de Edward Soja (1996) resulta clave para repensar el sentido y significado del espacio en la cultura y de superar las categorías binarias, abriendo el pensamiento a múltiples «otredades». Otros autores que han contribuido decisivamente a la reconsideración del espacio son Said, Spivak y Michel Foucault. Consúltense a este respecto el estudio de MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009), pp. 614-616.

## 2. ALGUNAS NOTAS SOBRE LOS ESTUDIOS TRANSATLÁNTICOS HISPÁNICOS

Los estudios transatlánticos<sup>2</sup>, emergidos a principios de la década de los 90 dentro de la academia norteamericana, han pasado a constituir en los últimos años uno de los campos de investigación con mayor auge en los departamentos de lengua, literatura y cultura hispana en Estados Unidos. Su actual preeminencia investigadora se constata a partir del abundante y continuado número de conferencias, encuentros, artículos y seminarios universitarios que aparecen acompañados por las etiquetas de «transatlántico» o «transoceánico»<sup>3</sup>.

A grandes rasgos, los estudios transatlánticos constituyen una iniciativa crítica que trata de revitalizar antiguos modelos teóricos, así como reformular el diálogo literario y cultural entre Latinoamérica y España, tradicionalmente basado en la división de «hispanoamericano» vs. «peninsular»<sup>4</sup>. El advenimiento de una perspectiva atlántica permite, por un lado, superar un método de estudio en el que las historias culturales y literarias son concebidas como compartimentos estancos y constructos nacionalistas, y, por otro, configurar un análisis crítico más inclusivo, sincrético y multidisciplinario, que, en última instancia, posibilita tender puentes y acercar los dos márgenes del Atlántico. Esta idea del océano como «ruta de convergencias» favorece lecturas transfronterizas y descentralizadas, además de posibilitar la fundación de una verdadera comunidad cultural plural e igualitaria a ambos lados del océano. En palabras de Pérez Mendiola, los estudios transatlánticos revelan «una serie de comunicaciones e intercambios que permiten una *lingua franca* y una práctica (auto) crítica profunda y trascendente de la producción cultural en un lenguaje compartido»<sup>5</sup>.

Si bien a la luz de estos apuntes podría colegirse que los estudios transatlánticos únicamente comportan factores positivos y ventajosos, lo cierto es que se trata de un campo de estudio falto de consenso crítico y en el que la academia se encuentra escindida. Las resistencias y sospechas por latinoamericanistas hacia esta disciplina radican en su parentesco con el auge de los estudios culturales y la historia cultural, así como en su carencia de un programa teórico común, lo que contrasta vivamente con su abundante producción investigadora<sup>6</sup>. Las divisiones que han suscitado los estudios atlánticos oscilan entre las opiniones de aquellos que los conciben como una mera etiqueta que hace referencia a un viejo campo, los que los consideran como un área caótica donde cabe todo, a aquellos otros que creen ver una trampa del expansionismo global español, y una estrategia administrativa (recortar personal especializado y recursos, fusionar programas académicos)<sup>7</sup>. Asimismo, se alza otra cuestión problemática, pues numerosos trabajos de investigación publicados en los 70 ya tenían carácter transatlántico antes de que se acuñara la práctica, no sólo por la naturaleza del objeto de estudio, sino por su manifiesta inclusividad<sup>8</sup>.

Inmersa en este dédalo de debates generados en torno a la delimitación, metodología y viabilidad de los estudios transatlánticos, un campo híbrido y en actual evolución, la academia parece convenir en que su florecimiento está relacionado con la emblemática fecha de 1992, y con lo que Julio Ortega ha calificado de «agotamiento de los modelos críticos dominantes»<sup>9</sup>. Igualmente, suele juzgarse como factor detonante el éxito de la obra de Paul Gilroy, *The Black Atlantic* (1992), en la que el autor recupera el At-

2 También llamados por la crítica «Estudios Atlánticos» o «Atlántico Hispano», no deben confundirse con el campo de investigación de «Historia Atlántica», enraizada en las ciencias sociales. Para una profundización en las diferencias entre «Estudios Transatlánticos» e «Historia Atlántica», véase MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009), pp. 605-613.

3 El Proyecto Trans-Atlántico (Universidad de Brown) y la Asociación de Estudios Transatlánticos, son ejemplo de ello. Entre las publicaciones periódicas destacan *The Journal of Transatlantic Studies* (Transatlantic Studies Association); la Red de Estudios Transatlánticos; *Atlantic Studies: Literary, Cultural and Historical-Perspectives on Europe, Africa, and the Americas* (The Society for Multi-Ethnic Studies: Europe and the Americas); y el Anuario de Estudios Atlánticos (Las Palmas, Gran Canaria). Así también, instituciones académicas anglosajonas como la Universidad de Illinois, la Universidad de Michigan o la Universidad de Liverpool se han volcado en ofrecer en los últimos años estudios transatlánticos de posgrado.

4 ORTEGA (2003), p. 111.

5 PÉREZ MEDIOLA (1996), p. 8.

6 TRIGO (2012), p. 18.

7 Para un resumen útil de esta confrontación, consultar FERNÁNDEZ DE ALBA y PÉREZ DEL SOLAR (2006), pp. 99-107; y MORAÑA (2006), pp. 31-32.

8 Es el caso, entre otros, de la investigadora colonialista Rolena ADORNO.

9 MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009), p. 621.

lántico negro con el fin de repensar la identidad de las comunidades africanas<sup>10</sup>. Por su parte, en la rama hispanista, la colección de ensayos *Bridging the Atlantic. Towards a reassessment of Iberian and Latin American cultural ties*<sup>11</sup> y el más contemporáneo *Estudios Transatlánticos Postcoloniales*<sup>12</sup>, han señalado un giro decisivo en la materia, al proponer el encuentro de las orillas latinoamericana y peninsular como clave para interpretar sus complejas relaciones coloniales y postcoloniales.

Mención especial merecen las consideraciones de Nina Gerassi-Navarro y Eyda Merediz<sup>13</sup>, pues centran el desarrollo de los estudios transatlánticos a la luz de las ya mencionadas aportaciones antropológicas de Clifford y Soja; junto a los trabajos de Henri Lefebvre sobre la construcción social del espacio (*La producción del espacio*) y las de Edward Said en su desarticulación del eurocentrismo hegemónico (*Orientalismo*). Todos ellos trabajos de investigación imprescindibles para comprender la reconfiguración del Atlántico como espacio geográfico único y la revalorización de la categoría del espacio frente a la del tiempo. Concretamente, es este último aspecto el que ha contribuido a que el océano deje de concebirse como un lugar fijo y estático, en el que se producen intercambios normativos, binarios y totalizadores. El territorio marítimo surge así como un amplio espacio dinámico, fluido, en continuo movimiento, donde las fronteras se diluyen. De igual manera, las relaciones transatlánticas se revelan como un recurso óptimo para analizar las representaciones de la cultura y aprehender con mayor profundidad las formas en que se interrelacionan espacio, poder y conocimiento<sup>14</sup>.

El presente artículo, sin ánimo de intervenir ni posicionarse frente a los debates en torno a los estudios transatlánticos hispánicos, toma como punto de partida las investigaciones realizadas hasta la fecha por Fernández de Alba, Pérez del Solar, Pérez de Mendiola y Julio Ortega<sup>15</sup>, académicos que conciben esta parcela de análisis como una «nueva conceptualización de la crítica literaria, la historia y la sociedad de las culturas hispanas en la Península o en las Américas»<sup>16</sup>. Especialmente, hanejercido un efecto iluminador los trabajos de la profesora Merediz en los que sitúa a las Islas Canarias en un apartado destacado de los estudios transatlánticos hispánicos, revistiendo al archipiélago de la categoría de espacio de conexión, de lugar para las relaciones de negociación entre el Viejo y el Nuevo Mundo, en definitiva, de un territorio privilegiado para el intercambio cultural al no corresponderse íntegramente ni con lo americano ni lo peninsular<sup>17</sup>. Valorar Canarias como un territorio eminentemente transatlántico que habita física y geopolíticamente la liminalidad<sup>18</sup>, y que se construye por el flujo multidireccional de gentes, ideas, artefactos e iconos, permite deslindar y re-significar relaciones culturales entre América-Canarias aportándoles un incisivo maíz integrador<sup>19</sup>. Finalmente, en palabras de Merediz y Gerassi-Navarro, las Ínsulas Canarias, al tratarse de un «entre-lugar o no-lugar, permiten vislumbrar mejor otro Atlántico, el espacio que posibilita abarcar lo externo y lo nacional, descolocar causalidades y cruzar linealidades»<sup>20</sup>.

---

10 MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009), p. 614.

11 PÉREZ DE MENDIOLA (coord.) (1996).

12 RODRÍGUEZ y MARTÍNEZ (coords.) (2010).

13 MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009).

14 MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009), p. 555.

15 Véase bibliografía.

16 FERNÁNDEZ ALBA y PÉREZ DEL SOLAR (2006), p. 99.

17 Consultar MEREDIZ (2001) y (2004).

18 En *The Location of Culture* (1994), Homi Bhabha introduce en el ámbito del discurso post-colonial el concepto de «liminal» (*liminality*) para ejemplificar los espacios intersticios dados entre los individuos y sus culturas, un espacio de interacción simbólica entre dos culturas que se encuentran.

19 MEREDIZ (2001), pp. 17-18.

20 MEREDIZ y GERASSI-NAVARRO (2009), p. 611.

## 3. LOS VIAJES TRANSATLÁNTICOS DEL ABORIGEN CANARIO EN LA LITERATURA

## 3.1. Primer recorrido: Europa-Canarias-Península

## 3.1.1. Las Islas Canarias «nuevamente encontradas» por Petrarca y Boccaccio

El redescubrimiento de Canarias en el siglo XIV abre los límites del Atlántico a los navegantes europeos y supone el encuentro real con un archipiélago que hasta la fecha se había estimado como paradero fabuloso de héroes (Hesíodo, *Trabajos y días*) y almas purificadas (Píndaro, *Olimpica*). Las islas, reputadas en el imaginario colectivo medieval como Afortunadas, se habían vinculado desde tiempos remotos a un espacio que marcaba la línea occidental del clásico *oikumené*, y que, envuelto por un halo de misterio y utopía, daba pábulo a la invención de historias y leyendas míticas<sup>21</sup>.

El nuevo hallazgo de Canarias se refleja en dos obras forjadas en los albores del Renacimiento, *De vita solitaria* de Petrarca (1346) y *De Canaria et insulisreliquis ultra hispaniamnoviterrepertis* (1339), atribuida a Boccaccio. Ambas constituyen el prelude de un incipiente humanismo a causa de su valoración crítica del suceso y de su interés por alcanzar un conocimiento empírico del mismo. Con sus escritos, los poetas italianos contribuyen al desplazamiento de las Islas, desde su originario papel como lugar mítico más allá de las «Columnas de Hércules», hacia una realidad material y tangible que pasa a ocupar un lugar concreto en la ciencia geográfica<sup>22</sup>.

Cabe destacar la carga de desilusión y decepción que subyace en ambas obras como resultado de este reencuentro atlántico. Tal y como relata Petrarca, la tierra de las islas es pobre, estéril, miserable; su clima seco, ventoso; no aparecen por ningún lugar el edénico jardín que abrigaba la clásica fuente de la vida, ni los parajes fértiles en copiosos frutos y manjares exquisitos. Incluso es posible percibir cierto tono mordaz por parte del poeta cuando narra cómo el príncipe de la Fortuna y su «afortunado» séquito se ven obligados a huir despavoridos durante la ceremonia de coronación al comenzar a llover inesperadamente<sup>23</sup>. Este suceso antiheroico, señal de nefasto augurio, desacredita la conquista de unas tierras lluviosas y áridas, que no solo se encuentran «al margen del mundo» (*in dominio extra orbem*), sino que su escaso valor no se corresponde en absoluto con el engañoso epíteto de «afortunadas»<sup>24</sup>. Mientras, el texto de Boccaccio, aunque coincide con el estado desengañado de Petrarca, va más lejos e incide en las posibilidades comerciales de las Islas, cuyos productos naturales como la orchilla<sup>25</sup>, pueden ser fácilmente explotados para beneficio económico de Occidente.

No obstante, si por algo pueden considerarse a *De vita solitaria* y a *De Canaria* como valiosos testimonios escritos de una época en la que se avanzaba con determinación hacia la Edad Moderna, es por su inclusión de una compleja temática que va a repetirse de forma ininterrumpida en las crónicas, relatos y discusiones americanas del siglo XVI: la cuestión de la Otrredad<sup>26</sup>. Canarias, a diferencia de otras islas atlánticas como Madeira y las Azores, no está deshabitada, sino que se halla poblada por unos seres, que, aunque no abundantes en número, utilizan una lengua desconocida, pertenecen a una raza indeterminada (no son africanos ni asiáticos) y, lo que dificulta aún más la tarea, cada una de las ínsulas posee una serie

21 Para un estudio exhaustivo de los mitos que se asocian a las islas (Columnas de Hércules, Campos Elisios, Islas de los Bienaventurados, Jardín de las Hespérides), leyendas (Santa Úrsula, Isla de San Borondón), así como una lista de alusiones textuales desde la literatura griega antigua (Hesíodo, Ptolomeo, Píndaro) hasta el Renacimiento, consultar la obra de MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (1992).

22 CACHEY (1991), p. 45; FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), p. 153.

23 Se trata de Luis de la Cerda, nombrado rey o príncipe de las islas Afortunadas por el Papa Clemente VI el 15 de noviembre de 1344, CACHEY (1991), p. 51; MORALES PADRÓN (1978), p. 62.

24 CACHEY (1991), p. 49.

25 Planta estimada por aquellos siglos del Medioevo para teñir tejidos y producir telas encarnadas. Rápidamente se constituyó como objetivo lucrativo esencial para los europeos en las Islas, junto a la resina y madera del árbol de drago, utilizado en la farmacopea europea como colorante y astringente, CIORANESCU (1964), «Introducción» a *Le Canarien*, p. 134.

26 El tema hermenéutico de la Otrredad ha sido estudiado ampliamente por la crítica francesa (Tzvetan Todorov, Michel Certeau) y angloamericana (Edward Said). Consultar también a este respecto el trabajo canónico de Anthony Pagden *Fall of natural man* (1982).

de caracteres culturales y dialectales que le son propios<sup>27</sup>. A raíz de este suceso antropológico, Petrarca y Boccaccio muestran dos problemáticas que precisan ser resueltas con premura: por un lado, el aspecto legal y jurídico concerniente a la soberanía del archipiélago, que no puede quedar simultáneamente como tierra de todos y de nadie; y, por otro, el debate moral, pues ¿cómo justificar una toma de posesión basada en la dominación y esclavización del Otro?

Siguiendo a Petrarca, el aborígen canario no es otra cosa que un rudo «hombre salvaje», solitario, primitivo en sus costumbres, incapaz de comunicarse, en nada diferente a las bestias, dedicado a las labores de caza e ignorante de las técnicas de cultivo<sup>28</sup>, que vagabundea por los valles rodeado de fieras, caracterizado negativamente frente a refinadas culturas asiáticas como la de los Hiperbóreos y los Brahmanes que despiertan en el poeta gran respeto y admiración<sup>29</sup>. Como se observa, la primera caracterización literaria del canario responde a un estereotipo de raigambre cultural occidental, pues el «hombre salvaje» se identificaba desde la Antigüedad grecolatina con un ser relegado al margen de la sociedad, antítesis del mundo civilizado<sup>30</sup>. Según Morales Padrón, este encasillamiento formulario de la identidad del canario permite sustentar el derecho europeo de ocupación y soberanía: «Los pobladores aborígenes no cuentan porque para el Estado de entonces al igual que para el Papado los indígenas carecen de personalidad jurídica por su primitivismo cultural y por ser paganos»<sup>31</sup>.

Por su parte, Boccaccio utiliza esta misma idea de primitivismo para acreditar una explotación mercantilista del canario que puede ser utilizado como mano de obra. Junto a esta percepción comercial del Otro, el poeta ofrece una lectura divergente de sus cualidades, ya que, por un lado, anda desnudo y es salvaje en sus costumbres y ritos, y, por otro, puede cantar y danzar igual o mejor que los franceses, y comportarse más gentilmente que los florentinos. Para Cachey, estos últimos atributos no tratan de elevar al nativo, al contrario, se trata de un recurso que permite al poeta criticar la degenerada corte florentina del Quattrocento y censurar sus corruptas costumbres. La descripción de los aborígenes de Boccaccio aporta así más información sobre la identidad europea que sobre los mismos canarios.

Estos iniciales encuentros con los habitantes primitivos de Canarias son paradigmáticos e incluso podríamos considerarlos fundacionales de un modelo literario, ya que recogen una serie de motivos que continuarán reescribiéndose más tarde por los cronistas de Indias en el siglo XVI. Prueba de ello es la identidad contradictoria otorgada al aborígen, rasgo distintivo que caracterizará los posteriores encuentros europeos durante el descubrimiento, exploración y conquista de América. De igual forma, *Devita solitaria* y *De Canaria* permiten apreciar cómo las representaciones del aborígen canario –el Otro– están filtradas por la mente europea que proyecta en él sus necesidades, deseos, nostalgias, como frente a un espejo en el que la imagen de la Europa imperial es revelada –tal como vamos a ver en las descripciones del indio americano. Además, *De Canaria*, que recoge una expedición italiano-portuguesa realizada al archipiélago en 1341, se convertirá un siglo más tarde en precedente de los posteriores relatos de navegación al Nuevo Mundo, no solo por estar narrada en forma de diario de abordo, sino por su declarado interés por subrayar los aspectos mercantiles de la conquista<sup>32</sup>.

### 3.1.2. El aborígen canario en crónicas del siglo XV: *Le Canarien*

Como nos muestra la documentación histórica conservada de la época, la conquista de Canarias constituyó un proceso lento y complejo, marcado por rivalidades políticas entre la corona de Castilla,

27 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), p. 169; MORALES PADRÓN (1978), p. 35.

28 Estudios etnográficos como los de Lovejoy y Boas demuestran que en la Baja Edad Media la caza y el pastoreo eran usos reputados como salvajes y primitivos, mientras que la agricultura se valoraba como una herramienta cultural de civilización. El primitivismo que le atribuye Petrarca al canario se acentúa así por el hecho de carecer de cultivos y dedicarse por entero a la caza y al pastoreo, CACHEY (1991), p. 52.

29 CACHEY (1991), pp. 49-50.

30 Véase LÓPEZ-RÍOS (2006), pp. 233-249.

31 MORALES PADRÓN (1988), p. 68.

32 CACHEY (1991), pp. 54-59.

Portugal, Aragón y la provincia genovesa, acérrimas disputadoras de su soberanía durante siglos<sup>33</sup>. Se conocen tantas expediciones emprendidas entre los siglos XIII y XIV hacia el Atlántico que el viaje a Canarias puede considerarse, según Alejandro Cioranescu, como una «tradición secular» con visos caballerescos, desde la legendaria travesía de los hermanos Vivaldi, hasta la primera visita acreditada por el genovés Lancelloto Mallocelo, que daría nombre a la isla más oriental, Lanzarote<sup>34</sup>.

A partir de su descubrimiento «real» en la centuria del XIV se promueven más de una decena de viajes de exploración, muchos de ellos producto de colaboración entre marinos mallorquines, genoveses, florentinos y portugueses, hasta finalizar su conquista por intervención de la Corona de Castilla en 1496 con la rendición de Tenerife<sup>35</sup>. La popularidad de la travesía alcanza tales dimensiones y existe tal abundancia de testimonios y leyendas que Petrarca afirma que las ínsulas se conocen tan bien como Francia e Italia<sup>36</sup>. Cabe reseñar además el cariz romántico e idealizado que seguía a estas navegaciones atlánticas, pues eran encabezadas en su mayor parte por aventureros nobles arrastrados por un espíritu profundamente anclado en el ideal de las cruzadas, obsesionados por la lucha contra los infieles moriscos que comenzaban a dominar el Mediterráneo y aún ocupaban un determinante sector en la Península Ibérica<sup>37</sup>.



Fuente: Cioranescu (1964), p. 544.

El primer testimonio documentado de la conquista de Canarias ha llegado a nosotros en dos versiones francesas conocidas como *Le Canarien*, que cuentan la conquista béthancuriana llevada a cabo a principios del siglo XV. Pese a la escueta información que el relato ofrece sobre los aborígenes, pues está marcado por las constantes desavenencias entre los dos líderes de la expedición, Jean IV de Béthencourt<sup>38</sup> y Gadifer de La Salle, por los motines de los caballeros, así como por las discordias entre franceses y españoles —un precedente de las enemistades y convulsiones que caracterizarán los relatos sobre el Nuevo Mundo—, resulta revelador que los cronistas introduzcan un objetivo de asentamiento a largo plazo, planificado y organizado, destacando una inédita motivación: la misión evangélica.

Mientras que al aborígen canario se le continúa relacionando con el «hombre salvaje», característico de los textos de Boccaccio y Petrarca, en *Le Canarien* se le tilda además de «moro», el enemigo de Occidente por antonomasia, calificándosele en numerosas ocasiones de «infiel»<sup>39</sup> y «sarraceno», además

33 MORALES PADRÓN (1978), pp. 59-66.

34 CIORANESCU (1964), p. 124.

35 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), pp. 153-159.

36 CACHEY (1991), p. 50.

37 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), pp. 171-185, estudia ampliamente el capítulo de la Cruzada Atlántica comenzada en el siglo XIII, explicando que la expansión de descubrimientos hacia el oeste y las ansias de ocupación del Mar Negro (*Sea of darkness*) se encuentran estrechamente asociadas al ideal de la cruzada y a la amenaza turca en el Mediterráneo que obligaba a encontrar nuevas rutas hacia Asia. Incluso el Papa Benedicto XIII por la bula *Apostolatus Officium* elevó las operaciones militares a la categoría de cruzada en 1404, concediendo indulgencias a los participantes, RUMEU DE ARMAS (1975), p. 24.

38 Para una profundización en la genealogía e historia de la casa normanda, su relevante influencia política en la corte francesa del Medioevo, las leyendas forjadas en torno a la figura de Jean IV de Béthencourt y los problemas de autoría presentes en *Le Coronien*, consultar la Introducción crítica a *Le Canarien* de CIORANESCU (1964).

39 La edición manejada a lo largo de todo el trabajo es la de CIORANESCU (1964).

de mencionarse a Canarias como «país de los sarracenos»<sup>40</sup>. De forma significativa, se ha conservado testimonio iconográfico de esta representación del aborigen como «hombre salvaje» en ilustraciones del escudo de armas del noble Béthencourt, conquistador de las Islas Canarias, cuyo heraldo aparece sostenido por dos bárbaros insulares.

Llama la atención que esta analogía con los musulmanes, como consecuencia de los recientes hechos de Reconquista y la lucha por la supremacía en el Mediterráneo, no es exclusiva de *Le Canarien*, ya que continúa apareciendo recurrentemente a lo largo del siglo XVI en las crónicas americanas<sup>41</sup>. Igualmente, la concepción del nativo continúa siendo contradictoria y se percibe cierta dificultad por parte de los cronistas para clasificar al extraño sujeto que se descubre ante sus ojos. Al mismo tiempo que son «salvajes», «sarracenos» y carecen de personalidad jurídica a causa de su primitivismo, «son la gente de más hermosa presencia, tanto los hombres como las mujeres»<sup>42</sup>.

Sin embargo, como dato novedoso, se nos dice en *Le Canarien* que el «berberisco salvaje» puede dejar de serlo a través del bautismo y del adoctrinamiento en la fe cristiana. En la crónica francesa, los intereses económicos y estratégicos van ligados a un proyecto de evangelización fijado de antemano, pues los príncipes cristianos tienen la obligación y el derecho de «llevar a las gentes a la religión cristiana» y «darles seguridades y puesto de amparo»<sup>43</sup>. Más aún, a los canarios se les concede cierta espiritualidad religiosa natural, y se afirma que por su ignorancia e ingenuidad se convertirán rápidamente al cristianismo («tienen buena esperanza de ser bautizados y puestos en nuestra fe»<sup>44</sup>) —lo que se repite en las historias del Nuevo Mundo en el siglo XVI.

En esta búsqueda de argumentos que legalicen la conquista, la misión evangelizadora se alza como arma fundamental. En este aspecto, la empresa de Béthencourt va a estar amparada por el Papa Benedicto XIII y comisionada por el rey de Castilla Enrique III. El mismo hecho de ir acompañados en la travesía por sacerdotes y capellanes supone un paso adelante en el proceso de colonización, ya que su tarea consiste en «conseguir almas sarracenas» y erigir iglesias<sup>45</sup>. Es además sintomático que los autores de *Le Canarien*, clérigos de profesión, comiencen el relato recalcando el propósito religioso de la empresa: «Béthencourt y La Salle han realizado este viaje para honra de Dios y para mantenimiento y aumento de nuestra santa fe en las partes de Mediodía»; y que pongan fin al mismo con el establecimiento de un obispo en la isla de Lanzarote<sup>46</sup>.

Por otro lado, las expediciones no pueden limitarse al saqueo, a la piratería y al trato con esclavos, sino que es preciso establecer en las islas un plan urbanístico programado, en este caso de carácter feudal<sup>47</sup>, edificándose castillos (Rubicón), reparándose otros antiguos («el Viejo castillo que Lancelote Maloysel había hecho hacer mucho tiempo atrás»<sup>48</sup>), construyéndose puertos e infraestructuras que faciliten el establecimiento de poblaciones (Béthencourt trae damas francesas a Lanzarote, cap. XVII), estableciéndose campos de cultivo, y ordenándose «que el quinto de las mercancías de las dichas Islas irían a España»<sup>49</sup>.

Como un anticipo remoto de problemas americanos, nos encontramos con una crítica directa a las formas anteriores de colonización en las islas<sup>50</sup>, pues los cronistas condenan la violencia desplegada por

40 CIONARESCU (1964), pp. 12, 62 y 194 respectivamente.

41 Prueba de ello son las cartas de Hernán Cortés en donde llama «mezquita» a los templos aztecas y califica de «perros» a los indígenas, apelativo por el que se conocía a los musulmanes durante la Reconquista (*Carta dirigida a la reina doña Juana y al emperador Carlos V*, 1519). En este sentido, es revelador que Canarias, procedente del latín «canis» (perro), literalmente «tierra de perros», fuera el elegido para sustituir al primitivo título de Afortunadas, DÍAZ TEJERA (1988), p. 19.

42 CIONARESCU (1964), p. 233.

43 CIONARESCU (1964), p. 18.

44 CIONARESCU (1964), p. 48.

45 CIONARESCU (1964), p. 241.

46 CIONARESCU (1964), pp. 10-11; y 448-450 respectivamente.

47 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), pp. 171-185, explica que el sistema de colonización que se aplicó a Canarias y más tarde al Nuevo Mundo por portugueses y castellanos (sin experiencia en la colonización mediterránea) es el mismo que se usaba en la Reconquista ibérica, basado en un modelo feudal y de reparto de nativos (especie de precedente de las encomiendas americanas).

48 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), p. 120.

49 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), p. 100.

50 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), caps. XXIX y XXX.



los esclavistas y reparan en la considerable disminución de la población como resultado de este fructífero negocio: «Actualmente no hay sino muy poca gente, porque cada año los cautivan. Y todavía en el año 1402 fueron presas, según dicen, cuatrocientas personas y llevados a vender a tierras extrañas, en perpetuo cautiverio»<sup>51</sup>.

Asimismo, se expresa preocupación por la dominación, que debe ser pacífica –seguramente como resultado de que un Estado asuma la responsabilidad–, y se afirma que las guerras y enfrentamientos con los «pobres inocentes» canarios podrían haber sido evitados, si los marinos franceses no se hubieran entretenido en enemistades y ambiciones personales.

Por su parte, el problema de la barrera del lenguaje y de la incapacidad de comunicación de los europeos con los canarios se supera a través de la figura de la «lengua» o el intérprete, tal como se dio en América. En *Le Canarien*, los dos fieles aborígenes Alfonso e Isabel, traídos por Béthencourt desde Castilla, son pieza clave en el desenvolvimiento de la empresa, ya que permitirán la resolución de conflictos en momentos clave y favorecerán un nexo cultural entre la Península y el archipiélago. No obstante, los cronistas inciden en el problema de la búsqueda de lenguas, pues descubren que en las islas existen «diversas leyes y lenguajes»; y se describe que los habitantes de La Gomera «hablan el lenguaje más extraño de todos los demás países de esta banda, y hablan con los bezos, como si no tuviesen lengua»<sup>52</sup>. Además, se mencionan muchas diferencias apreciativas entre los habitantes de una isla y de otra: los de Fuerteventura son tan altos como «gigantes», y los de Tenerife notablemente bajos y osados.

En cada uno de estos aspectos mencionados de *Le Canarien*, el paralelismo entre Canarias y América es indudable: hay representantes y oficiales reales para organizar las empresas (Béthencourt); fundación de ciudades y poblamientos; repartimientos de nativos; pago del quinto real; uso de intérpretes o «lenguas»; expansión de órdenes religiosas (franciscanos); la redacción de una crónica; hasta las armas son las mismas en ambos escenarios (los canarios se defienden con piedras, galgas, macanas, escudos de madera de palma; los castellanos emplean ballestas y un equipo bélico técnicamente superior). Como se observa, todos estos mecanismos y medios de conquista, tradicionalmente asignados a la conquista del Nuevo Mundo, tienen en Canarias un precedente ultramarino. El archipiélago se manifiesta así, tal y como defendió el estudioso John Elliott en los años 60, como un verdadero laboratorio de experimentación colonial que precede a las Indias en diversos niveles: en el plano jurídico-administrativo, económico, en la implantación de estructuras organizativas y de comportamiento<sup>53</sup>.

Las conexiones y paralelismos señalados anteriormente entre el aborígen canario y el americano nos hacen concluir con que difícilmente pueden tratarse del resultado de una casualidad azarosa. Las semejanzas resultan tan evidentes que permiten sostener que el aborígen canario representa un antecedente que condiciona y filtra la posterior configuración literaria del indio americano, aspecto ya atendido anteriormente por parte de la crítica hispánica<sup>54</sup>. Todavía más, podríamos dar un paso adelante en las afirmaciones, proponiendo la idea de que incluso ambos se tratan de un mismo personaje literario. Lo cierto es que la mezcla y confusión entre los dos aborígenes que arranca con los paralelos, contrastes y comparaciones realizados por Colón en su *Diario de a bordo* (color de los indígenas, costumbres, objetos), permiten traslucir no solo conexión, sino continuidad<sup>55</sup>. No debemos olvidar que también lo hace su historia, pues los procesos de conquista de América y del archipiélago tuvieron lugar de forma coetánea, y tras 1492, a las tierras insulares halladas por Colón, las Antillas, se las concibió como una segunda Canarias por ganar<sup>56</sup>. Esta hibridación o asimilación entre lo canario y lo americano fue un proceso que encontró su reflejo no solo en el hecho literario, sino en el mismo devenir histórico, pues un importante

51 FERNÁNDEZ ARMESTO (1987), p. 98.

52 CIORANESCU (1964), pp. 12, 128; y 238 respectivamente.

53 ELLIOTT (1964), pp. 57-58.

54 MORALES PADRÓN (1978), p. 1.978.

55 BENITO RUANO (1988), pp. 49-58, explica la idea de la continuidad física entre Canarias y América a partir del mito de la Atlántida, formulado por Platón en los diálogos de *Timeo* y *Critias* y que posiblemente Colón, como gran parte de los hombres instruidos de finales del Medioevo, conocía. Según esta teoría, más allá de unas islas hundidas en el océano se encontraría «otra orilla» –bien insular o tierra firme–, paradisíaca, edénica, con ríos de Oro; de ahí la difusión de la idea en el siglo XV de que siguiendo la estela de las Afortunadas se encontraría la Atlántida, esto es, América.

56 GIMÉNEZ FERNÁNDEZ (1955), pp. 309-336.

grupo de los habitantes canarios del siglo XVI pasaron a América, por lo que la unión de la sangre indígena a ambos lados del Atlántico contribuyó a la formación del Nuevo Mundo<sup>57</sup>.

Todo ello, nos permite formular la hipótesis de que el constructo literario del aborigen canario realiza un primer viaje transatlántico, trasladándose desde sus primeras manifestaciones escritas, hasta las crónicas del Nuevo Mundo un siglo después. En este periplo oceánico, el canario transmite elementos culturales hacia América (las etiquetas de «hombre salvaje», «sarraceno infiel», espíritu cruzado), confunde su identidad originaria con la nueva realidad americana, sirve como base para ampliar el marco de la construcción europea de la Otrredad y, a su vez, en este proceso de migración, sufre una serie de transformaciones y ampliaciones como producto del cambio de escenario.

### 3.2. Segundo recorrido: América-Canarias-Península

El aborigen canario no vuelve a aparecer en el acontecer de las letras hispánicas hasta transcurrido tiempo después, en el siglo XVII. Su silencio ha dominado una fase tan prolongada que podría deducirse que su pasado histórico y étnico ha quedado enterrado, eclipsado, oculto en la sombra de los protagonistas amerindios de las crónicas de Indias. La colosal empresa colonizadora en el Nuevo Mundo parece haber relegado a Canarias a un papel supletorio, al rol de paso intermedio o puerto transitorio hacia la ruta de las especias. No obstante, resulta trabajoso concebir la alucinada expansión castellana hacia el oeste sin el apoyo del archipiélago, pues en su papel de puerto estratégico y abastecedor posibilitó en última instancia la ocupación castellana ultramarina. Tanto es así, que, desde que Colón inaugurara la primera ruta, todos los navíos peninsulares efectuaban una parada obligada en los puertos insulares con el fin de repostar y recoger hombres, reuniendo así las energías necesarias antes de arriscarse a dar el gran salto hacia el Atlántico<sup>58</sup>. Interesa plantearnos qué ocurre con el aborigen canario y por qué calla en la ficción literaria. En nuestra opinión, no desaparece ni se extingue, simplemente, como procuraremos mostrar en las próximas páginas, se encontraba inmerso en un largo y dilatado viaje por las Indias, un periplo que ha aportado nuevos aspectos a su identidad, como consecuencia de su fase de absorción con el americano.

Primeramente, destaca la abundancia de obras literarias peninsulares difundidas en el siglo XVII que toman al canario como protagonista, visto desde posturas diferentes en una variedad de recipientes genéricos, desde crónicas y obras dramáticas a poemas heroicos. En su inopinado regreso al archipiélago se han operado en él dos cambios esenciales: por un lado, le abandonan las antiguas caracterizaciones medievales de «hombre salvaje» y «sarraceno infiel», reapareciendo con la imagen renovada y estetizada de «buen salvaje» renacentista, cargada de idealismo. Por el otro, se le vincula con el término de «guanche», gentilicio con el que se designaba a los primitivos pobladores de Tenerife, ubicándosele en esta misma isla, la más grande, la más tardíamente anexionada a la corona castellana y la que mayor resistencia opuso a la ocupación castellana. No es tan claro de dilucidar, sin embargo, la suerte de los guanches, ya que las últimas noticias conservadas de finales del siglo XV indican su significativa reducción demográfica como resultado de combates y epidemias, por no mencionar los numerosos grupos que fueron a parar a Occidente como esclavos, y aquellos que se enrolaron en la empresa descubridora de las Indias. Concretamente, el profesor Rumeu de Armas incidió en una cruenta peste que diezmo la población aborigen en la isla, agravada por el ataque de perros hambrientos<sup>59</sup>. Resulta preciso reseñar que el proceso de aculturación de los canarios fue además rápido en todas las ínsulas y que pronto no se distinguieron conquistadores de conquistados, situación acentuada por el hecho de que estos adoptaron los apellidos de aquellos, lo que dificulta aún más si cabe la diferenciación; una veloz absorción cultural favorecida, asimismo, por las tempranas uniones entre europeos e indígenas<sup>60</sup>.

<sup>57</sup> HERNÁNDEZ PÉREZ (1988), p. 33. En esta misma línea, investigadores del pasado siglo como ALCINA FRANCH (1969), pp. 9-64, han paralelizado el arte rupestre y ciertos objetos prehistóricos canarios con otros americanos en trabajos arqueológicos.

<sup>58</sup> MORALES PADRÓN (1988), pp. 67-74.

<sup>59</sup> RUMEU DE ARMAS (1975), pp. 278-279.

<sup>60</sup> MORALES PADRÓN (1978), p. 66.

El primer texto historiográfico sobre Canarias, *Del origen y milagros de Nuestra Señora de la Candelaria* de Fray Alonso de Espinosa (Sevilla, 1594), se centra, atendiendo al título, en el objeto de mayor prestigio y veneración de las Islas: la adoración a la Virgen de la Candelaria, que, según la leyenda, se habría aparecido a los pastores guanches antes de desembarcar los europeos<sup>61</sup>. Tal y como el fraile dominico expresa en el proemio, su obra encierra un propósito piadoso, procurando, por un lado, hacer memoria de un caso tan portentoso, y, por otro, informar sobre los incontables milagros y prodigios obrados por la santa imagen en el pasado<sup>62</sup>. De igual forma, el Padre Espinosa declara con admiración su antigua fascinación por el culto, conocido de oídas desde hace muchos años, agradeciendo a Dios la beatífica oportunidad de colmar su ferviente deseo de establecerse en la isla de Tenerife y servir a la Candelaria<sup>63</sup>. Sin embargo, lo que a simple vista podría parecer un inofensivo libro de inspiración mariana, cuajado de elementos sobrenaturales y milagrosos, descubre en realidad a un autor profundamente preocupado por el devenir del aborigen guanche y por la conquista española de las islas. *Del origen y milagros* no se limita a expresar sentimientos de devoción, aspira a convertirse en la primera «verdadera» crónica al estilo de las redactadas en el contexto del Nuevo Mundo, en un intento por desvelar la «auténtica» historia de Canarias y de dejarla escrita para la posteridad.

Cabe plantearse el porqué de un relato tan tardío, redactado más de un siglo después de que las islas hubieran sido anexionadas al Imperio Español, y por un autor que no es canario y que ha pasado más de la mitad de su vida en misiones guatemaltecas. Resulta además revelador que la ingente labor etnográfica de Espinosa no se trate de un caso aislado, ya que en el siglo XVII otros autores como Juan de Abreu y Galindo (*Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*) y Leonardo Torriani (*Descripción e historia de las Islas Canarias antes Afortunadas con el parecer de sus fortificaciones*) escribieron sendas obras documentales sobre las ínsulas. Por cierto, los tres escritores mantuvieron relaciones en vida, los tres vivieron en la segunda mitad del siglo XVI y los tres remataron sus respectivas obras entre los años 1591 y 1602<sup>64</sup>.

La respuesta a este repentino afán en el Siglo de Oro de las letras hispánicas por rescatar a Canarias de un imperdonable olvido encuentra su clave precisamente en la forma en que el guanche es representado en *Del origen y milagros*. El pasado del aborigen, que se encuentra recogido en el primer tomo de la obra, es enaltecido, se alaba su pasado, se denuncian los mecanismos de colonización impuestos en las islas, calificados literalmente de injustos e injustificables. El fraile dominico posiciona al nativo al mismo nivel de civilización y derechos que el del europeo, alabando sus méritos, conocimientos y cualidades humanas, pues, aunque gente sin ley, no vivían fuera de ella, y en algunas cuestiones se sujetaban y llegaban a la razón, como era en tener superior y hacer vasallaje, en contraer matrimonio y diferenciar los hijos legítimos de los bastardos, en hacer leyes y someterse a ellas. Se destaca su aspecto físico: hombres valientes de tanta fuerza y ligereza y tan delicados de ingenios<sup>65</sup>; y de entre sus costumbres sobresale la de derramar agua sobre las cabezas de los niños, un acto que contrae parentesco con el bautismo<sup>66</sup>. Igualmente, la aparición de la santa imagen de la Virgen de la Candelaria en Tenerife años antes de la irrupción continental, introduce la tesis del supuesto proto-cristianismo de los guanches.

En la vicisitudes de la conquista, Espinosa da la razón a los nativos y critica la actitud y empresa de los expedicionarios en el Atlántico. La derrota infligida en la Matanza de Acentejo, afirma, fue un castigo divino a la soberbia y altivez españolas<sup>67</sup> y no le merecen sino acerbas palabras la deplorable actuación española. Según el juicio del fraile, los guanches son hijos de la naturaleza en su primitivo estado de pureza, gentiles incontaminados, sin ritos, ceremonias, ni adoración de dioses ficticios, ni

---

61 ESPINOSA (1980), p. 15. Significativamente, MEREDIZ (2001), pp. 1-18, alude al difundido culto de la patrona de la Virgen de la Candelaria, así como su manifestación de la de Copacabana en Bolivia, como un espacio transatlántico de rutas cruzadas.

62 Manejamos la edición de Alejandro CIORANESCU (1980).

63 ESPINOSA (1980), p. 16.

64 RUMEU DE ARMAS (1975), p. 7.

65 ESPINOSA (1980), p. 5 y 6 respectivamente.

66 ESPINOSA (1980), p. 5.

67 ESPINOSA (1980), p. 6.

trato ni conversación con demonios como otras naciones<sup>68</sup>. Su condena de la conquista encuentra una expresión directa e inmediata, al afirmar que la guerra desencadenada por la ambición peninsular contra los naturales de las islas fue ilícita, porque ni ellos poseían tierras de cristianos, ni salían de sus límites y términos para infestar ni molestar a las ajenas<sup>69</sup>. Incluso el escrito del religioso muestra gran interés por documentar las pocas palabras y expresiones en guanche que lograron sobrevivir en la tradición oral.

Una lectura atenta al texto de Espinosa muestra las equiparaciones y conexiones de la colonización de Canarias con la del Nuevo Mundo, lo que no es extraño si consideramos los más de veinte años del autor como misionero en Guatemala, donde debió de escuchar más de una vez el nombre y las enseñanzas del maestro Bartolomé de Las Casas. Siguiendo a Cioranescu, su filiación con la doctrina del Protector de los Indios, que había sido adoptada por la orden, impregna de forma determinante el pensamiento y la ideología del fraile, reflejas magistralmente en *Del origen y milagros*<sup>70</sup>. De hecho, el mismo Las Casas se anticipó a su discípulo, pues escribió un breve opúsculo como preludeo a la *Historia de las Indias*, donde fue el primero en censurar la destrucción de los pobladores canarios y los negros de África por los violentos castellanos<sup>71</sup>.

A pesar de que fray Alonso de Espinosa no afirme explícitamente esta adhesión, aplica a Canarias las ideas antiesclavistas lascasianas, así como su teoría sobre la evangelización pacífica<sup>72</sup>. Su intento por recoger vocablos guanches se encuentra a su vez en la línea de lo que era costumbre entre los dominicos en el Nuevo Mundo, que aprendían las lenguas indígenas con el propósito de hacer proselitismo entre los indios<sup>73</sup>. No obstante, el escenario del archipiélago canario poco tiene en común con el americano, al no haber encomenderos que reprobar ni indios que proteger. Espinosa comprende que su misión salvadora se dirige hacia otros derroteros: el guanche y su historia precisan ser reivindicados, el pasado de la cruel conquista escrito y la admirable advocación a la Candelaria divulgada.

A partir de esta lectura *Del origen y milagros*, puede observarse que, en su retorno al Viejo Mundo, el aborigen canario –oguanche–, está profundamente influenciado por su experiencia americana, por su estancia en las misiones evangélicas, lo que da forma a esta nueva configuración apologética de su identidad. De forma inversa a lo que sucedía en el apartado anterior de este artículo, si el amerindio colombino no puede entenderse sin el canario a comienzos del siglo XV, la significación del guanche del siglo XVII precisa ponerse a la luz del Nuevo Mundo para aprehender su significación. En este sentido, la composición mariana de Espinosa sirve para extender una imagen desconocida del guanche, la de un sujeto aborigen que tras un largo viaje americano regresa a su archipiélago natal y pide con firmeza volver a ocupar su lugar merecido en la historia.

Lo cierto es que el guanche del padre Espinosa no debió de dejar indiferente a los lectores contemporáneos, sirviendo para reavivar antiguos resquemores y odios personales. No solo su primera edición sevillana se agota rápidamente, sino que de forma casi inmediata aparecen otras obras que se encargan de ofrecer nuevas interpretaciones sobre el guanche, tal vez en un intento de solucionar o encubrir el conflicto sobre la colonización española planteado abiertamente por el dominico<sup>74</sup>. Es el caso de las *Anti-güedades de las Islas Afortunadas* de Antonio de Vianay la *Comedia la famosa de los guanches de Tenerife y conquista de Canaria* (1608) de Lope de Vega, a las que nos referiremos sucintamente.

La primera obra se trata de un poema épico distribuido en dieciséis cantos endecasílabos en los que Viana narra, principalmente, los hechos de la conquista de Tenerife. En la obra, el guanche –tamizado esta vez no por el indio lascasiano, sino por el molde renacentista del araucano de Alonso de Ercilla y Pedro de Oña<sup>75</sup>– representa un modelo que contrasta vivamente con el del indígena oprimido de Espinosa. Viana, intelectual tinerfeño descendiente del conquistador Lope Fernández de Guerra, escribe además

68 ESPINOSA (1980), p. 12.

69 ESPINOSA (1980), p. 5.

70 ESPINOSA (1980), p. 21.

71 En la actualidad, puede adquirirse este relato lascasiano en una edición autónoma, *Brevísima relación de la destrucción de África*, editada por Isacio PÉREZ FERNÁNDEZ (1987).

72 MEREDIZ (2004), p. 46.

73 MEREDIZ (2004), p. 51.

74 CIORANESCU *loc.cit.*, p. 32.

75 ALONSO (1978), p. 14.

motivado por un objetivo claro: responder a las encubiertas críticas que supuestamente el fraile habría emitido contra los conquistadores peninsulares<sup>76</sup>. El poeta recrea, de esta forma, a un guanche que no proyecta un conflicto nacional ni aumenta la ya de por sí controvertida Leyenda Negra hispánica en el exterior, a lo que había contribuido la obra de Espinosa. Por el contrario, trata de construir un personaje heroico que simbolice la armonía cultural con la Península, un aborigen que cohesione y equilibre las relaciones pasadas con la corona de Castilla. Para Viana, no existe distinción entre guanches ni españoles, pues ambas culturas se unen simbólicamente en la Isla de Tenerife a través de la unión matrimonial de la princesa Dácil y del capitán Gonzalo del Castillo. A diferencia de la imagen problemática de Espinosa, el bachiller lagunero logra conciliar los dos grupos culturales dando a entender que Canarias se halla íntimamente ligada a España desde su descubrimiento. El guanche de Viana no solo está configurado a partir del araucano arcillano en numerosos episodios, sino que aparece como un noble cristiano, monógamo a ultranza, libre de idolatría y asimilado al ideal civilizador europeo.

De la misma forma que el guanche de Espinosa y de Viana, el de la obra dramática de Lope de Vega en su *Comedia* favorece la representación, una vez más, del debate sobre la conquista y colonización españolas en el siglo XVII. Lope no pretende idealizar al aborigen ni crear una visión utópica e integradora de la empresa castellana, como podría esperarse de un dramaturgo inserto en el panorama teatral peninsular, al contrario, muestra rupturas entre las dos culturas de encuentro, explota la vejación cometida contra el guanche y exhibe el censurable comportamiento de los españoles<sup>77</sup>. A pesar de que continuamente se refiera a los primeros canarios como bárbaros, se advierte que los conquistadores, aquellos negros pájaros de España embusteros, cobardes<sup>78</sup>, únicamente se afanan por el oro y necesitan desenterrar de sí, no al demonio, sino a la codicia. El retrato proporcionado de los conquistadores españoles en boca de los guanches alcanza tal carga de auto-crítica y amarga caricaturización, que incluso cabría plantearse la posibilidad de que Lope estuviera esforzándose por subvertir y desafiar la ideología de la colonización con su *Comedia*.

La imagen que proporciona Lope de los guanches se hace además eco del convencional retrato de los amerindios del Nuevo Mundo –de nuevo araucanos–, en cuanto a vestiduras y armas (arcos y flechas en vez de lanzas), escenarios llenos de exotismo y colorido (papagayos, alimentos tropicales), así como prácticas bélicas y rituales religiosos de los que no se tiene constancia que existieran. El trasfondo americano se hace tan ostensible en *Los guanches de Tenerife* que no sorprende que tradicionalmente la obra se insertara dentro del grupo de piezas dramáticas del autor sobre las Indias, junto a *El Nuevo Mundo y Arauco domado*<sup>79</sup>.

A partir de estas tres obras, es posible observar cómo en el siglo XVII el aborigen canario se embarca en un viaje de regreso al Viejo Mundo –en sentido inverso al del anterior capítulo–, reapareciendo en el panorama de las letras áureas profundamente americanizado. En esta trayectoria en torno al eje triangular América-Canarias-Península, nuestro personaje atlántico remite a connotaciones y caracterizaciones propias de un contexto americano, pues no en vano ha pasado más de cien años al otro lado del océano.

A partir de este segundo recorrido, el aborigen o guanche logra conectar las dos orillas del Atlántico y centrar en el tercer espacio –Canarias– una serie de ansiedades coloniales no resueltas. Las obras mencionadas manifiestan la complejidad e inestabilidad de las relaciones entre la Península y América a raíz de la empresa colonizadora, la conciencia dividida de un Imperio que aún se debate entre celebrarse o censurarse. En estas tres obras es posible observar cómo la figura del guanche se reinventa con el fin

<sup>76</sup> CIORANESCU (*loc. cit.*), p. 33, explica que la desaparición de la obra del dominico en Canarias y de que no se preparasen más ediciones se debe a la influencia de la familia Guerra, que, molesta por ciertas afirmaciones contenidas en el texto, habría procurado su requisamiento casi total en bibliotecas y librerías. Fueron además los Guerra los que costearon la publicación del poema de Viana, cuya finalidad última era defender la memoria de sus antepasados. ALONSO (1952), pp. 45-51, recoge consideraciones parecidas acerca de este resentimiento de Viana contra Espinosa.

<sup>77</sup> Uno de los campos de análisis de los estudios transatlánticos se centra, precisamente, en el estudio de las conexiones de la literatura española del XVII y la literatura de América colonial, pues gran parte de las obras barrocas peninsulares se remontan al asombro, exotismo y abundancia del Nuevo Mundo, incluyendo elementos como indígenas, oro, plata, chocolate, piña, pájaros y exuberantes colores. Ver MEREDIZ (2003), «Introducción» a la *Comedia la famosa de los guanches de Tenerife*.

<sup>78</sup> La edición manejada es la de E.M. MEREDIZ (2003), pp. 46, 48 y 30 respectivamente.

<sup>79</sup> Para ampliar el trasfondo americano de *Los Guanches de Tenerife* y las relaciones del guanche con el amerindio araucano ver LORENZO-CÁCERES (1935), pp. 2-32; y NÚEZ CABALLERO (1964), pp. 11-50.

de ofrecer una aproximación crítica al debate intelectual de la empresa colonizadora en ultramar: el de Espinosa coincide con el indio lascasiano, víctima de la dominación occidental; el de Viana retoma el modelo utópico de integración cultural y armonía colonial en la línea de Sepúlveda; y, por último, el de Lope, según Ruiz Ramón, se atreve a poner en entredicho los violentos mecanismos de conquista enarbolados por los españoles<sup>80</sup>. En este segundo viaje, en el que el aborigen canario se convierte una vez más en objeto de reflexión occidental, cabe preguntarse: ¿Y por qué el guanche de Canarias y no otro lugar u otra identidad indígena? Posiblemente, este hecho encuentre su natural explicación en el aislamiento del archipiélago en los discursos historiográficos del XVI, convirtiéndolo en un enclave idóneo de encuentro ideal entre dos culturas, en un espacio de feliz Arcadia donde no existe el oro.

### 3.3. Tercer recorrido: Península-Canarias-África

La novela de Juan Manuel García Ramos publicada en el año 2011, *El Guanche en Venecia*, acompañada por el significativo subtítulo «Los pasos perdidos de un canario primitivo en la Italia del Renacimiento», recrea de forma fabulada la historia del rey o *mencey* Bencomo de Taoro, un personaje guanche que para el profesor Rumeu de Armas habría muerto en guerra contra los castellanos durante la contienda de La Laguna<sup>81</sup>. En el relato moderno, sin embargo, el guanche sobrevive y emprende un largo periplo marítimo que le llevará desde su Nivaria natal (en latín «montaña nevada», como se conocía antiguamente a Tenerife por alusión al Teide), a la corte burgalesa de los Reyes Católicos, la república véneta donde es vendido como esclavo al dux, Aragón, Túnez, Venecia y Padua, hasta recalar definitivamente en Marruecos. Durante su trayecto aventurero se hospeda en palacios ducales, llega a intercambiar parlamentos con eminencias históricas (Reyes Católicos, Cristóbal Colón), y pasearse por gran parte de las bullentes cortes mediterráneas del Renacimiento, haciendo gala de su singular traje regional guanche, confeccionado a base de piel de cordero y puerco.

Este guanche intelectual y refinado, al que separaran cuatrocientos años del texto de Lope de Vega, ha sufrido todo tipo de transformaciones desde las primeras noticias que se conocieron de él en el siglo XIV de la pluma de Petrarca y Boccaccio. A pesar de ostentar él mismo condición de esclavo, cuenta con sus propios sirvientes, disfruta de una pensión vitalicia ducal, ha asistido a la universidad local paduana en el Palacio del Bo y su suerte adquiere gran repercusión en asuntos de estado. Tanto es así, que después de su acuchillamiento en el *guetto* italiano, a manos de sus enemigos los españoles, se genera un revuelo político internacional, causando irreparables y nefastas consecuencias para las relaciones diplomáticas entre Castilla y Venecia. A partir del lamentable suceso, como es natural, el aborigen canario Bencomo decide huir y encaminar nuevamente sus pasos hacia otras rutas, pero no se dirige a América, como habríamos esperado por su anterior filiación con el amerindio del Nuevo Mundo, sino a la Berbería, donde pronto se alza como jeque de las fragmentadas tribus sahárnicas, encabezando una rebelión contra los castellanos que le permitirán desquitarse de las derrotas canarias en Acentejo y La Laguna. Durante la contienda, la figura esbelta y gallarda de Bencomo es reconocida por sus hermanos los guanches que integran el cuerpo de infantería de las filas enemigas. A los gritos de su admirado *mencey*, los guanches se reencuentran con su señor y deciden establecerse en el desierto del Sáhara donde se mezclan con los bereberes, sus parientes de sangre. Desde allí, viva aún en su mente la idea de una Nivaria libre e independiente, planean cruzar una vez más el Atlántico, recuperando aquella vida edénica y primigenia de la que les privaron los sanguinarios españoles. Sintomáticamente, el relato finaliza con la apuesta silueta de Bencomo fundiéndose en el atardecer de la costa norafricana, desde donde sueña nostálgicamente con la mirada clavada en dirección a Canarias encontrarse con los suyos, convirtiéndose en un símbolo de la libertad de su pueblo<sup>82</sup>. Mientras, los guanches que han tenido el infortunio de permanecer en el

80 RUIZ RAMÓN (1988), p. 137.

81 RUMEU DE ARMAS (1975), pp. 169-171. Según el Padre Espinosa, los reyes guanches eran nueve en total y correspondían a los nueve reinos en que se dividió la isla. En su caracterización, se asemejan a un señor feudal europeo que tiene bajo su mandato hidalgos, escuderos y villanos, RUMEU DE ARMAS (1975), pp. 40-42.

82 GARCÍA RAMOS (2011), p. 203.

archipiélago albergan «la esperanza del retorno de un gran *mencey* que ponga las cosas de nuevo en su sitio, que les permita recuperar la honra y la libertad de las que habían sido desposeídos por los azares de una historia que nunca comprendieron»<sup>83</sup>.

En este último viaje literario del aborigen canario, a diferencia de los ya recogidos, se introduce un nuevo recorrido a través del eje triangular Península-Canarias-África. La identificación lingüística y cultural de las islas con la Berbería es además constante a lo largo de la novela, pues Bencomo puede expresarse y comunicarse con otros personajes tunecinos y árabes en un *tamazight* común o dialecto pariente al guanche<sup>84</sup>. El protagonista también reconoce semejanzas en sus costumbres: «No dejaba de vincular a aquellas poblaciones de su ruta caravanera con la vida de su pueblo guanche en la isla deseada, algo familiar las relacionaba, desde la lengua hasta su constante apelación al cielo en busca de respuesta de los astros, las harinas de granos y su forma de cocerlas, la majestad de las miradas ancianas, la nobleza y complicidad en las relaciones»<sup>85</sup>. Resulta revelador que la anterior vinculación Canarias-América trate de superarse en varios episodios de la narración, imponiéndose el inédito binomio Canarias-África: «Deseaba ser nombrado soberano de Canarias, pues ya bajo su mandato se hallaban seis islas de ese archipiélago situado frente a la Berbería y no en las Indias como se había creído»<sup>86</sup>.

La contraposición del guanche frente al «invasor peninsular» no deja lugar a las dudas: el primero se encuentra cargado de autenticidad, rebeldía romántica y lirismo; el segundo es un opresor bárbaro<sup>87</sup>, un rostro blanco que viene a tomar posesión<sup>88</sup>, cobarde, débil y derrochador. Esta caracterización negativa del castellano que alcanza su máxima manifestación con el cínico matrimonio formado por Alonso Fernández de Lugo y Beatriz de Bobadilla, justifica que los guanches se resistan a aceptarla soberanía de esos reyes de España extremadamente presuntuosos y enaltecidos<sup>89</sup>.

Asimismo, los guanches se encuentran en un nivel de civilización superior al peninsular: «La nación guanche atacada ferozmente por los castellanos y destruidas todas sus perfectas leyes, creencias, costumbres y formas de convivencia y paz»<sup>90</sup>. Los aborígenes tinerfeños cuentan con su propia religión al dios Achamán y a los astros, tienen un *togoror* o agorero que predice los acontecimientos por venir, utilizan su propio calendario y viven en una sociedad perfectamente organizada y distribuida. En el relato se insertan a su vez una considerable cantidad de voces guanches, documentadas en *De origen y milagros* de Fray Alonso de Espinosa, que se refieren a armas (*banot*, *tabona*), vestuario (*huirmas*, *tamarco*, *guaycas*) o enclaves topográficos (*auchón*). Incluso se incluye un parlamento escrito íntegramente en guanche, puesto en boca de Bencomo<sup>91</sup>.

La estructura narrativa de *El guanche en Venecia* sigue además convenciones discursivas propias de las crónicas americanas. El texto se encuentra distribuido a modo de diario de abordaje, se introducen cartas y referencias a historiadores, algunos históricos otros no, que supuestamente revestirían la narración de veracidad, tales como Úrsulo de la Maestranza, Marino Sanuto Elle Newmark.

A grandes rasgos, el relato de García Ramos, si bien propenso al exotismo y a la amalgama de elementos culturales heteróclitos, idealiza al máximo la noción de guanche, prácticamente elevándolo a la categoría «identidad» y «raza» como oposición al español peninsular. En esta línea, la novela se inserta dentro del grupo de publicaciones y proyectos que desde finales del siglo pasado se encargan de exaltar el mundo aborigen y dotarle de nacionalismo romántico<sup>92</sup>. No resulta excepcional que nombres de

83 GARCÍA RAMOS (2011), p. 176.

84 GARCÍA RAMOS (2011), pp. 198 y 150 respectivamente.

85 GARCÍA RAMOS (2011), p. 156.

86 GARCÍA RAMOS (2011), p. 102.

87 GARCÍA RAMOS (2011), p. 13.

88 GARCÍA RAMOS (2011), p. 15.

89 GARCÍA RAMOS (2011), p. 16.

90 GARCÍA RAMOS (2011), p. 193.

91 TRAPERO y LLAMAS POMBO (1998), pp. 99-198, han analizado a partir de un extenso estudio filológico la etimología de la palabra *guanche* (y sus derivados), considerando que se trata de un galicismo introducido durante la expedición de Jean de Béthencourt en 1402. Este estudio apoya la idea de que no solo el gentilicio, sino el resto de voces de supuesto origen guanche, algunas introducidas por Espinosa en *Del origen y milagros* se reducen a la pura fantasía o a la mera conjetura.

92 La fundación del Partido Nacionalista Canario fundado el 30 de enero de 1924 en Cuba por Secundino Delgado parece encontrarse estrechamente relacionado con el fenómeno «guanche» y la difusión de una ideología independentista canaria,

personajes guanches legendarios como Dácil, Ruimán, Bencomo, Guacimara, Guetón, Rosalba o Tinguaro, los nombres de los nueve menceyes consignados por Antonio de Viana por vez primera<sup>93</sup>, se hagan eco en diversas publicaciones actuales como periódicos, diarios, novelas, relatos o páginas en internet.

El nuevo viaje del guanche comenzado en el siglo XX irrumpe a día de hoy con renovadas energías en las letras del archipiélago para convertirse en el emblema de un pueblo ansioso por indagar en sus peculiaridades etnográficas y acentuar su personalidad local natural. Quizá una de las notas más definidoras de las islas arranque, precisamente, de esta conciencia de región singular, determinada por su insularismo lejano, clima cálido, orografía volcánica y lunar, y carácter de escala hacia otros lugares, todo lo que durante siglos ha contribuido a crear un sentimiento de incomunicación, desamparo y desapego hacia la Península. El guanche Bencomo que viaja en la actualidad aparece como una figura exótica y distinguida de la comunidad insular canaria, icono que, desembarazado de sus anteriores rasgos europeos y americanos («hombre salvaje», «sarraceno», «buen salvaje») enarbola la seña de su autonomía, transita por puertos mediterráneos, fijando su parentesco en las costas norafricanas, a tan solo cien kilómetros frente a las mil que le distancian de Europa.

#### 4. COMENTARIOS CONCLUSIVOS

El itinerario textual ofrecido revela a un personaje enigmático, híbrido, de raigambre mítica, libreca e imaginaria y, ante todo, de inusitada vocación viajera. En su alucinado tránsito de un extremo al otro del Atlántico, el aborígen canario hereda rasgos occidentales que le asemejan al «hombre salvaje» (Boccaccio y Petrarca) y al «moro infiel» (*Le Canarien*). Más adelante, con el descubrimiento de las islas caribes, emigra al Nuevo Mundo en los primeros relatos aventureros sobre las Indias y se mezcla con los amerindios (*Diarios* de Colón). Cien años después, regresa americanizado de su periplo como un «buen salvaje» en escritos que discuten la actuación imperial española de conquista (Fray Alonso de Espinosa, Antonio de Viana, Lope de Vega). Finalmente, el nativo hace su nueva entrada literaria en el panorama actual encarnado en la figura de un *mencey* guanche, estetizado y exótico, símbolo de la conciencia regionalista canaria.

En su múltiple travesía transatlántica, el aborígen canario abraza mares, conecta pueblos, construye puentes entre diversos continentes. Con cada reescritura y reinención, con cada salto secular, se nos muestra revestido de nuevo significado, lo que favorece concebir la Otredad no como un proceso recíproco, sino unidireccional. En este sentido, la camaleónica identidad del canario y sus sucesivos cambios a lo largo de la historia vienen dados por la situación política y social europea o peninsular del momento. Sea contemplado como símbolo de discordia, armonía o reivindicación, en sus sucesivos viajes de ida y vuelta, el aborígen atlántico es siempre proyectado por un foco occidental que lo requiere para reinventarse a sí mismo.

Una aproximación profunda hacia la construcción literaria del aborígen canario, no solo permite repensar el fenómeno de la Otredad, sino situar a Canarias en un apartado destacado de los estudios transatlánticos hispánicos. Observar al sujeto insular desde la óptica del viaje en sentido triangular, el rastreo de sus circulaciones e interacciones en el corpus de obras seleccionadas, sus desviaciones y regresos oceánicos en diversos textos, permiten desvelar una extraordinaria red de entrecruzamientos y lazos culturales entre España, Latinoamérica y África, tres continentes que se dan cita en el gran espacio atravesado que es el Atlántico.

#### BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, R. (1991). «Todorov y de Certeau: La alteridad y la contemplación del sujeto». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 17, pp. 51-58.

ALCINA FRANCH, J. (1969). «Origen transatlántico de la cultura indígena de América». *Revista Española de Antropología Americana*, 4, pp. 9-64.

---

sintetizada en mejorar el nivel de vida de los canarios y dotar a las islas de un gobierno propio. Sintomáticamente su órgano de difusión fue el periódico intitolado *El Guanche*, MORALES PADRÓN (1988), pp. 171-180.

93 ALONSO (1952), p.46.



- ALONSO, M.R. (1952). *El Poema de Viana. Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- ALONSO, M.R. (1978). «Estudios sobre Antonio de Viana». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 24, pp. 475-523.
- BENITO RUANO, E. (1988). «Teoría de la Atlántida y de San Borondón», en MORALES PADRÓN, F. (ed.) *Canarias y América*. Gran Enciclopedia de España y América. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 49-58.
- BHABA, H.K. (1994). *The location of culture*. London: Routledge.
- BOCCACCIO, G. *De Canaria et insulisreliquis ultra hispaniamoviterrepertis* y F. PETRARCA, *De vita solitaria*, en CACHEY, T.J. (1991). «Petrarch, Boccaccio, and the New World encounter». *Stanford Italian Review*, 10, pp. 45-59.
- BOUTIER, P. y VERRIER, J. LE (1964). *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*. SERRA RÁFOLS, E. y CIORANESCU, A. (ed. y trad.), 3 vols. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios y El Museo Canario.
- CACHEY, T.J. (1991). «Petrarch, Boccaccio, and the New World encounter». *Stanford Italian Review*, 10, pp. 45-59.
- CASAS, B. de las (1989). *Brevísima relación de la destrucción de África*. Salamanca: Kadmos.
- CIORANESCU, A. (1964). «Introducción» a *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios y El Museo Canario, pp. 9-302.
- CLIFFORD, J. (1992). «Travelling Cultures», en GROSBERG, L.; NELSON, C.; y TREICHLER, P.A. (eds.) *Cultural Studies*. London: Routledge, pp. 96-116.
- DÍAZ TEJERA, A. (1988). «Las Canarias en la Antigüedad», en MORALES PADRÓN, F. (ed.) *Canarias y América*. Gran Enciclopedia de España y América. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 18-25.
- ELLIOTT, J. (1964). *Imperial Spain (1469-1716)*. New York: St. Martin's Press.
- ESPINOSA, Fray A. de. (1980). *Del origen y milagros de Nuestra Señora de Candelaria*, CIORANESCU, A. (ed.). Santa Cruz de Tenerife: Goya.
- FERNÁNDEZ ARMESTO, F. (1987). *Before Columbus: Exploration and colonization from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*. Filadelfia: Universidad de Pennsylvania.
- FERNÁNDEZ DE ALBA, F. y PÉREZ DEL SOLAR, P. (2006). «Hacia un acercamiento cultural a la literatura hispano-americana», en «Dossier: Transatlántica: Idas y vueltas de la literatura y cultura hispano-americana en el siglo XX». *Iberoamericana. América Latina, España y Portugal: Ensayos sobre letras, historia y sociedad*, vol. 6, núm. 21, pp. 99-107.
- GARCÍA RAMOS, J.M. (2011). *El guanche en Venecia*. Madrid: Artemisa.
- GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, M. (1955). «América, Isla de Canaria por ganar». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1, pp. 309-336.
- HERNÁNDEZ PÉREZ (1988). «El mundo aborigen», en MORALES PADRÓN, F. (ed.) *Canarias y América*. Gran Enciclopedia de España y América. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 30-36.
- LOPE DE VEGA, F. (2003). *Comedia la famosa de los guanches de Tenerife y conquista de Canaria*, E.M. Merediz (ed.). Newark: Juan de la Cuesta.
- LÓPEZ-RÍOS, S. (2006). «El hombre salvaje entre la Edad Media y el Renacimiento». *Cuadernos del CEMR*, pp. 233-249.
- LORENZO-CÁCERES, A. (1935). «Las Canarias en el teatro de Lope de Vega». *El Museo Canario*, 3, pp. 2-32
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1992). *Canarias en la Mitología. Historia mítica del archipiélago*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- MEREDIZ, E.M. (2001). «Traveling Icons: The Virgin of Candelaria's transatlantic journeys». *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, s 5, pp. 1-18.
- MEREDIZ, E.M. (2004). *Refracted images. The Canary Islands through a New World lens*. Medieval and Renaissance Texts and Studies (vol. 276). Arizona: Universidad Estatal de Arizona.
- MEREDIZ, E.M. y GERASSI-NAVARRO, N. (2009). «Introducción: Confluencias de lo Transatlántico y lo Latinoamericano». *Revista Iberoamericana*, vol. 75, núm. 228, pp. 605-636.
- MORALES PADRÓN, F. (1978). *Canarias: Crónicas de su conquista: Transcripción, estudio y notas*. Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario y Ayuntamiento de Las Palmas.
- MORALES PADRÓN, F. (1988). «Las Canarias, Camino para las Indias» y «El nacionalismo canario y sus vinculaciones con América», en *Canarias y América*. Gran Enciclopedia de España y América. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 67-74 y pp. 171-80.
- MORAÑA, M. (2006). «Latin American Cultural Studies: When, Where, Why?», en MARTÍN-ESTUDILLO, L.; OCAMPO, F. y SPADACINI, N. (eds.). *Debating Hispanic studies: reflections on our disciplines. Hispanic issues on line*, vol. 1, núm. 1, pp. 31-32.
- NUEZ CABALLERO, S. de la (1964). «Las Canarias en la obra de Lope de Vega». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 10, pp. 11-50.
- ORTEGA, J. (2003). «Post-teoría y estudios transatlánticos». *Iberoamericana. América Latina, España y Portugal. Ensayos sobre letras, historia y sociedad*, vol. 3, núm. 9, pp. 109-17.
- ORTEGA, J. (2006). «Los estudios transatlánticos al primer lustro del siglo XXI: A modo de presentación». *Iberoamericana*, 21, pp. 93-97.
- PÉREZ MENDIOLA, M. (1996). *Bridging the Atlantic, towards a reassessment of Iberian and Latin American cultural ties*, 8, Albany: State University of New York Press.
- RUIZ RAMÓN, F. (1988). «El Nuevo Mundo en el teatro clásico», en *Celebración y catarsis (leer el teatro español)*. Murcia: Sucesores de Nogués, pp.69-137.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1975). *La conquista de Tenerife*. Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife.
- TRAPERO, M. y LLAMAS POMBO, E. (1998). «¿Es guanche la palabra guanche? Revisión histórica, filológica y antropológica de un tópico». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 44, pp. 99-198.

- TRIGO, A. (2012). «Los estudios transatlánticos y la geopolítica del neo-hispanismo». Cuadernos de Literatura, 31, pp. 16-45.
- VIANA, A. de. (1991). *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, M.R. Alonso (ed.), 2 vols. Canarias: Biblioteca Básica Canaria.